

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>La caridad</i>	3	
<i>Michael Figura</i>	5	El mensaje joánico del amor
<i>Lucio Florio</i>	17	El amor y sus fuentes. Mirada topográfica del misterio del amor
<i>Julia Alessi de Nicolini</i>	25	Testimonio: Las dimensiones de la caridad
<i>Eduardo Gowland</i>	29	Caridad y vida monástica
<i>Dominique Poiriel</i>	35	Amor de Dios, amor humano
<i>Jean Luc Marion</i>	47	El conocimiento de la caridad
<i>Santiago Kovadloff</i>	61	Buber, oyente de Dios
<i>Manfred Lochbrunner</i>	77	¿En camino a una biografía de Balthasar?

Buber, oyente de Dios

*Por Santiago Kovadloff**

*El Dios viviente no sólo es un Dios
que se revela, sino un Dios que tam-
bién se oculta.*

Martín Buber

Diálogo y monólogo

No es lo mismo hablar de una experiencia dialógica, que hablar desde una experiencia dialógica.

Las preposiciones que distinguen ambas oraciones señalan posturas espirituales distintas. Si hablo de una experiencia dialógica, hablo de un tema. Si, en cambio, hablo desde una experiencia dialógica, dejo de ser el expositor de un tema, el mediador entre un fenómeno y su sentido, para pasar a ser la expresión vida de ese fenómeno; su manifestación.

En un caso soy espectador. En otro, protagonista.

En mi condición de expositor, seré, pues, espectador de una experiencia dialógica. ¿Por qué? Porque he resuelto hablar de esa experiencia. Porque he tomado la decisión de pronunciarme acerca de esa experiencia.

Quien, en cambio, protagoniza una experiencia dialógica no toma nunca la determinación de hacerlo. Es, inversamente, llamado hacia ella. Llamado con independencia de su voluntad: convocado.

El protagonista puede impulsar o refrenar su inmersión plena en esa experiencia. Puede dilatarla o restringirla; hacerla crecer o sofocarla. Pero no puede producirla.

Todo lo contrario ocurre con estas páginas, que han sido creadas por mí. Aquí se describe la experiencia dialógica de

*Licenciado en Filosofía en UNBA. Primer Premio Nac. de Literatura, 1992. Profesor honorario, Univ. Autónoma de Madrid.

Martín Buber. Esta descripción es fruto de mi voluntad interpretativa. Es mi obra.

Entre la experiencia dialógica aludida y la alusión propiamente dicha se abre una distancia. Esa distancia separa a la búsqueda del encuentro y la distingue a la vivencia de la sola intelección. En consecuencia, el mío no será un lenguaje cargado de fervor dialógico, sino un lenguaje empeñado en pronunciarse a propósito del fervor dialógico que entraña el lenguaje de otro. El mío, en suma, será un metalenguaje.

El diálogo es, para Buber, una experiencia compartida esencialmente. Dialógico es el encuentro que configura como interlocutores a quienes toman parte en él. Diálogo es la experiencia que conforma a quienes la viven.

Hay que repetirlo: me muevo sobre otro terreno. Buber está ante mí. No está conmigo. Puesto que al dirigirme hacia él no pretendo sino describirlo, Buber no necesita concretar el contacto que le propongo para llegar a ser un sujeto dialógico. Puedo, pues, prescindir de su acatamiento para alcanzarlo como tema. No está en juego una voluntad mutua, un anhelo recíproco, sino un interés unilateral. El y yo somos ya, respectivamente, uno y otro antes del contacto.

Lo que tendrá lugar no es, entonces, un encuentro entre seres que dialogan. Más bien será un pronunciamiento mío sobre la experiencia dialógica vivida por otro. Será una exposición. Será un monólogo.

Lo que diga resultará, quizá, persuasivo. Pero no será revelador. Podrá parecer sugestivo, aleccionador, claro. Pero nunca decisivo, en el sentido que este calificativo adquiere en el seno de la ontología buberiana.

Al no pronunciarme desde donde Buber lo hizo podré, en el mejor de los casos, comprender de qué habló el pensador judío. Pero no sabré con quién habló; porque para comprender con quién es indispensable que el diálogo protagonizado por Martín Buber y su interlocutor, comprometa también mi ser entero.

El quién del diálogo buberiano es, en última instancia, Dios. Con Dios se puede dialoga, pero de El nada se puede decir, nada se puede predicar.

Para saber que Dios me habla es indispensable sentirme ganado por una disposición espiritual ciertamente distinta de la que me embarga habitualmente.

La experiencia religiosa, para el autor de *Yo y Tú*, es la experiencia de la fe. “La fe —escribe en **El eclipse de Dios**— no es un sentimiento aposentado en el alma del hombre, sino un adentramiento en la realidad, sin reducciones ni cortapisas”. Se trata, pues, de una relación, de un encuentro cuyo núcleo es “el diálogo entre Dios y el hombre, la divina voz hablando en lo que acontece al hombre y el hombre respondiendo en lo que hace o dejar de hacer”. Dios es, en esta relación, el Ser en el cual se cree, “el Ser absoluto, incondicionalmente afirmado”.

La experiencia religiosa puede, en consecuencia, describirse como diálogo del hombre, en el seno de la fe, con dicho Ser absoluto. Porque el encuentro con Dios se produce en el seno de la fe puede decir Buber que él es “incondicionalmente afirmado”.

La experiencia religiosa es aquélla que sobreviene como irrupción del “misterio esencial, cuya inescrutabilidad forma parte de su misma naturaleza; se trata de lo incognocible”. Pero no de lo incognocible en cuanto “misterio relativo de lo inaccesible sólo al estado actual del conocimiento humano y, por eso mismo, descubrible”, sino de lo sustancialmente imponderable para el hombre en aquel sentido que le hizo decir a Sören Kierkegaard en su **Diario Intimo**: “Dios no es una idea que se prueba, sino un ser en relación a quien se vive”.

Hoy, en el mejor de los casos, estoy predispuesto a entablar con Buber un contacto estrictamente intelectual. Hoy no puedo ir más allá. Sé, al menos, que al delimitar el espacio vital de nuestro encuentro circunscribo, a la vez, el alcance de nuestra relación. Más allá de lo que decido hacer está lo que me sería posible hacer.

Sujetos y objetos

Buber, acentuémoslo otra vez, será objeto de una exposición. Yo, el sujeto responsable por el cumplimiento de esa exposición. La relación, como se advierte, será entre sujeto y objeto.

Para Martín Buber no hay diálogo posible entre sujeto y objeto. Ambos, asegura el pensador, se constituyen siempre con antelación a su encuentro. Sujeto y objeto coinciden en un punto del espacio, pero no se configuran como tales en ese punto. Llegan a él conformados, hechos. Son, en sí, totalidades cuya integridad no depende del encuentro con el otro. El otro es siempre una ratificación de lo que cada uno ya era y de lo que ya se sabía que era.

Habr , pues, entre Buber-objeto y Yo-sujeto un enfrentamiento. Vale decir, un careo, que es también una lucha. Entre sujeto y objeto —advierde Buber— la relación es siempre combativa. El primero sólo quiere arrebatarle al segundo su esencia; se empeña en arranc rsela. Sabe que el objeto no se la entregará espontáneamente. Que el objeto yace retraído sobre sí; que le está vedada la espontaneidad. Sabe que él mismo, como sujeto, no puede aspirar a la obtención de esa esencia mediante la gracia de la entrega voluntaria. Ambos —sujeto y objeto— est n cerrados. El sujeto acosa al objeto. Lo acorrala, trata de encontrar el medio de penetrarlo. Busca un método, un camino. Emplea, para hallarlo, su inteligencia. Una inteligencia que es siempre inductiva o deductiva. Emplea su lógica. La racionalidad es su caballo de Troya.

Cuando, finalmente, la esencia de un objeto queda al descubierto, algo ha perdido para siempre el interés. Un aspecto de la realidad ha dejado de ser problemático. La mirada victoriosa del sujeto se vuelve entonces hacia otro rincón de la naturaleza. Concebido como entraña de un objeto, el enigma de la realidad ocupar  siempre un espacio, estar  siempre en alguna parte, revistiendo la forma de un fenómeno inédito. Para dar con él es indispensable desplazar la mirada con atención. Quien acecha está —así lo creo— al borde de la verdad.

Ubicado el nuevo objeto, recomienza la lucha. El modo en que se manifiesta el actual predominio de la técnica señala, según sabemos, el triunfo abrumador de la subjetividad sobre la objetividad. Ese triunfo indica que habitamos un mundo en el cual no ha preponderado el encuentro. Entendámonos: es así no porque la técnica ha vencido, sino porque es ella sola la que ha vencido. El triunfo del subjetivismo constituye la derrota del hombre. Una de las derrotas del hombre, en cuanto ejemplo el conjunto de consecuencias a que ha dado lugar una forma determinada de desmesura espiritual: la posesividad.

Para Martín Buber, el vínculo entre sujeto y objeto no puede, pues, ser dialógico. Gabriel Marcel, que coincide con Buber en una serie de cuestiones fundamentales, tanto epistemológicas como antropológicamente, comparte también esta interpretación. Describiendo a la ciencia como saber objetivo o conocimiento de objetos, dice de ella que, por eso mismo, “no habla de lo real más que en tercera persona” (*Diario Metafísico*). Todo lo que puede saberse del hombre en términos objetivos puede

eto un enfrenta-
na lucha. Entre
es siempre com-
segundo su esen-
objeto no se la
e retraído sobre
e que él mismo,
a de esa esencia
ambos —sujeto y
eto. Lo acorralla,
ca un método, un
Una inteligencia
ea su lógica. La

eto queda al des-
és. Un aspecto de
mirada victoriosa
d ela naturaleza.
ma de la realidad
en alguna parte,
Para dar con él es
ón. Quien acecha

ucha. El modo en
a técnica señala,
jetividad sobre la
s un mundo en el
lámonos: es así no
ella sola la que ha
ye la derrota del
cuanto ejemplo el
r una forma deter-
ad.

sujeto y objeto no
e coincide con Bu-
s, tanto epistemo-
mbién esta inter-
er objetivo o cono-
mismo, "no habla
Metafísico). Todo
s objetivos puede

ser necesario, pero jamás será suficiente. El hombre como per-
sona trasciende el saber que se limita a concebirlo en tales tér-
minos. Son, en este sentido, igualmente profundas las coinci-
dencias que, con Buber, tienen tanto Gabriel Marcel como Karl
Jaspers. El primero de ellos anota en su Diario: "Existe una
serie de predicados que puedo atribuirme a mí mismo como me
los atribuiría otro; hasta este punto soy un otro para mí. Hablo
de mí como hablaría de cualquiera; pero lo que hay de más pro-
fundo en mí se sustrae a ese modo de pensamiento. La libertad,
por ejemplo, sólo es concebible en la medida que hay en mí algo
que pueda trascender el orden del 'él.'" Y poco más allá agrega:
"Todo juicio que verse sobre mí, versa sobre un él que por defi-
nición no puede coincidir conmigo; aquél para quien yo soy un
tú va infinitamente más allá de esos juicios, aún adhiriéndose a
ellos; al amarme me abre una especie de crédito".

Al respecto, acota Karl Jaspers: "Siempre que me hago
objeto soy, al mismo tiempo, más que este objeto, a saber el ser
que puede objetivarse de esta manera" (Razón y Existencia).

El nuestro es el mundo de la técnica invicta. El mundo de
los sujetos que saben adueñarse de los objetos, doblegarlos,
ponerlos a su disposición. Yo, sujeto, trataré de exponer a Mar-
tín Buber, objeto. Hablaré de lo que he logrado arrancarle. Esta
exposición no deja de ser, en cierto sentido, la exhibición de un
trofeo.

No es ésta, por cierto, la relación que anhelaba con el autor
de Yo y Tú. Ella parece ser, sin embargo, el ineludible resultado
de un contacto preponderantemente subjetivo como el que lle-
gué a entablar. La relación dialógica, transubjetiva y transobje-
tiva, no puede ser provocada, nunca podrá ser el fruto de una
pretensión.

Mientras prosigue moviéndome en el ámbito de la volun-
tad, que es, por excelencia, el del predominio de la técnica, no
obtendré, en mi afán de acercamiento a Buber, otro resultado
que aquél que tipifica la relación entre sujeto y objeto. Pese a
todo, la pobreza que en el orden de un diálogo auténtico reviste
el camino que estoy transitando, posee en sí misma un sentido
aleccionador que bien vale la pena no desdeñar. Prosiguiendo mi
senda culminaré ante las puertas de un mundo de vivencias
ontológicamente decisivas. Ese mundo se me hará evidente bajo
la forma primordial de un sentimiento de carencia, igualmente
sintomático de la proximidad y de la lejanía en que me encuen-

tro con respecto a un estilo de relación con la realidad del cual, por el momento, no conozco más que el nombre: diálogo.

Mi esfuerzo reflexivo constituye un camino. Voy hacia la idea buberiana del fundamento del ser dialógico. La preposición hacia señala una dirección e implica, de manera latente, una proveniencia. Cuanto a la meta anhelada, deseo, dije, llegar hasta la idea buberiana del ser dialógico. Hasta la idea y no basta la experiencia buberiana de ese fundamento. Porque ya sé que la experiencia sólo será el resultado de un encuentro que no puede ser provocado por mí, decidido por mi voluntad.

¿Significa esto que renuncio sin más a ese encuentro? De ningún modo. Pero no puedo escapar a la contradicción en tanto me empeño en ir por donde pretendo.

Parto, pues, del deseo de encontrar a Buber como interlocutor, de convertirme yo mismo en persona, en un ser dialógico. Al mismo tiempo, sé que voy a internarme en una senda cuyo supremo beneficio consiste en brindarme la posibilidad de comprender por qué —yendo por donde voy— no llegaré adonde quiero.

Ni me pongo en marcha con Buber ni culminaré en él. Al final de mi trayecto, empero, estaré más cerca del fundamento del contacto establecido con Buber. Más cerca quiere decir: próximo a la intuición de ese otro rostro de la realidad visible al que, según Buber, no se accede sino por medio de la Gracia.

El hombre en la ambigüedad

La filosofía aparece siempre como esfuerzo reflexivo empeñado en la aclaración conceptual de la índole de lo real. Pero ¿qué es lo real? Si me atengo a lo sugerido por esta caracterización de la filosofía, lo real es, en primera instancia, un problema. Como tal, constituye una cuestión espiritual. A diferencia del hambre, el sueño y la avidez sexual, acosa exclusivamente al hombre. No es, en consecuencia, un problema espiritual porque atañe al hombre, sino porque atañe al hombre únicamente.

Puedo entonces decir que, filosóficamente encarado, el hombre es el ser problematizado por la índole de lo real.

Concebir lo real como cosa problemática equivale a decir que es algo oscuro; algo que, de suyo, no se entiende.

Ahora bien: la oscuridad de lo real ¿es un problema para todo hombre? No. Inquieta, apenas, a un hombre. A ese hombre, Gabriel Marcel lo llamó “problemático”.

Problemático es el hombre que ha rebasado la actitud natural, el mundo de la doxa, donde impera lo real bajo la forma de lo supuestamente diáfano, o de una opacidad que se sobrelleva, que no llega a ser francamente inquietante. La rutina, el contacto indistinto con objetos y horas, caracterizan la actitud natural. Para el hombre rutinario todo está siempre en su sitio. De lunes a domingo, días tras día, la realidad es la de siempre, la alegría es la de siempre, el dolor es el de siempre, la muerte en eso que lo aguarda allá, en un brumoso final que presiente y calla.

Una misma transparencia (que, finalmente, no es sino luminoso hermetismo) envuelve todo. Al hombre rutinario nada le habla con voz inusitada. Más que vivir, el hombre de la doxa, dura.

Ya he reconocido dos actitudes. Dos rostros de lo real. Uno diáfano; otro oscuro. Si así es, si lo real es, al unísono, lo oscuro y lo diáfano, lo apropiado —desde una perspectiva totalizadora— sería afirmar que, para el hombre, lo real es aquello capaz de transitar de un modo de ser a otro. También del hombre correspondería afirmar que es aquel ser que encuentra en el tránsito de la obviedad a la problematicidad (y de ésta a aquélla) su fisonomía propia.

Hombre y realidad son, pues, fenómenos que hallan en la transitividad su nota distintiva. Siempre que el hombre transita de un modo de ser a otro —de la actitud natural a la problemática y viceversa— con él, y al unísono, transita la índole de lo real.

La esencia de lo real, en consecuencia, se manifiesta de conformidad con el modo como me relaciono con ella. Que sea en sí lo real es algo que, por ahora, ignoro. Al parecer, sólo puedo llegar a aprehender la naturaleza de lo real bajo la forma de certidumbre cotidiana o incertidumbre problemática.

Corresponde que, a seguir, me pregunte cómo y porqué se pasa de la actitud natural a la problemática o de ésta a aquélla. ¿Qué fuerza es la que me permite sustraerme a la actitud natural? ¿Qué fuerza es la que me reintroduce en ella?

Transito desde la certidumbre sobre la naturaleza de lo real hacia la incertidumbre o viceversa, cuando lo real se libera

de la forma de relación que con él he entablado. Mediante tal rebasamiento, lo real redefine su vínculo conmigo desde sí mismo y no ya desde mí. En el seno de esta nueva relación —la del tránsito—, lo real se me manifiesta como lo esencialmente ambiguo. Ya no es lo diáfano de la actitud natural ni lo oscuro de la actitud problemática. En el instante del tránsito desde una actitud hacia otra, lo real se pone de manifiesto como lo esencialmente ambiguo. También Yo, en ese momento, me reconozco como ser ambiguo.

Llamo revelación, con Martín Buber, al acto mediante cuyo cumplimiento lo real logra sustraerse a las dos modalidades que lo caracterizan cuando con él entablo relación sustentado por la certidumbre o sustentado por la incertidumbre.

Llamo revelación, como enseña el pensador, al acto mediante cuyo cumplimiento lo real, fuera ya de la obviedad y de la problematicidad, logra presentarme un semblante nuevo.

Lo real revelado es la fuerza que me impulsa hacia las dos formas de relación que soy capaz de entablar con el mundo. La revelación de lo real es el suceso que provoca mi desplazamiento de la obviedad a la problematicidad y de ésta a aquélla.

En la actitud problemática me afano por desentrañar la esencia de lo real. En la actitud natural estoy o creo estar en posesión de esa esencia. En la experiencia de la revelación, en cambio, lo real se me ofrenda como ambiguo. Deja de ser una evidencia tenaz, como en la vida cotidiana, o una ausencia inquietante, como en la vida problemática, para pasar a ser una inequívoca presencia irreductible a mi voluntad interpretativa.

En el acto de la revelación, lo real me dirige su palabra. Me habla de sí. Ya no soy yo quien habla predicativamente de lo real. En el acto de la revelación yo soy, en primera instancia, oyente.

Estoy tratando de poner al descubierto la importancia ontológica y antropológica concedida por Buber al instante que designo con la palabra tránsito. Hasta aquí he visto dos formas de relación con lo real. He visto, además, una forma intermedia —la del tránsito— que, distinguiéndose de las dos anteriores, se me impone como una tercera modalidad de relación.

La experiencia de tránsito, a diferencia de la obviedad y la problematicidad, constituye una relación con lo real que es fijada por el encuentro desde sí mismo. En él, lo real no es determinado por mí en cuanto sujeto, sino que, por el contrario, es lo

real lo que me brinda tanto una versión de su propia índole como, igualmente, una versión de la mía.

En el ámbito de esta nueva experiencia, de este nuevo vínculo con lo real, el hombre de la obviedad y el hombre problemático ceden sus respectivos sitios al hombre de la ambigüedad. El hombre de la ambigüedad es el protagonista de la revelación, de la singular experiencia en la cual, como sugiere Buber, lo real (que es ahora lo incondicionado), interpela al hombre como su interlocutor. Gabriel Marcel sostiene que la fuerza propulsora que posibilita la revelación, el contacto dialógico, es la emoción: "Sólo en la emoción paso a ser un tú para mí".

La emoción es, para Marcel, invocación. "Invocar un ser es otra cosa, es más que pensar en él". Pensar en un ser "es en general adoptar una actitud esencialmente análoga a la que adoptamos en presencia de la persona en cuestión en tanto que ella es para nosotros, no un tú sino un él. Por el contrario, habrá que admitir que desde el momento en que yo invoco, entra en juego algo más que una idea. Pero es preciso, además, que esta invocación tenga —me arriesgaría a decirlo— un fundamento ontológico. No puedo invocar realmente a no importa quién, sólo puedo 'aparentarlo'. En otros términos, la invocación no parece que pueda ser eficaz, sino donde haya comunidad. Es preciso que estemos ya juntos en un sentido difícil y profundo de precisar".

Marcel prefiere, en última instancia, la palabra amor al vocablo emoción. Pero la función que cumplen ambos términos es la misma ya que, indistintamente, los dos aluden a la experiencia designada por Buber como revelación: "Querer es suprimirse como él, volver a encontrar la indivisión fecunda que la dialéctica suprime". (...) "El amor está vinculado a la salida del yo; en este sentido implica la liberación del yo, que lejos de ponerse como esencia, surge como amante. El amor surge como invocación, como llamamiento del yo al yo". Esta idea se completa en una extraordinaria definición que nos brinda Marcel: "El amor es la vida que se descentra, que cambia de centro".

Descubrir la índole ambigua de lo real y de uno mismo, equivale a descubrir la falibilidad de los supuestos sobre los que descansan la certidumbre cotidiana y la incertidumbre filosófica: ambas son expresiones del antropocentrismo; es decir de concepciones de lo real cuyo eje es el individuo, el sujeto entendido como amo y no la relación, el hombre postulándose como

participante. Ambas —tanto la certidumbre cotidiana como la incertidumbre filosófica— son, según Buber, manifestaciones de vínculos dialógicamente inconsistentes con lo real. ¿Por qué? Porque, en ellas, el supuesto interlocutor del hombre —lo real— no tiene jamás la palabra. En la actitud natural, ello es así porque no me interesa sino lo que ya sé o creo saber. En la actitud problemática ocurre lo mismo porque lo real, si bien ha dejado de resultarme indiferente, se ha ausentado, no me habla. El extrañamiento del filósofo ante el mundo indica claramente que el mundo se le resiste, que el mundo se le niega, rehuyendo su entrega. Concebida como aspiración al saber, como anhelo, la filosofía, constituye la expresión acabada de una voluntad de encuentro que se ve esencialmente frustrada por falta de sustancia dialógica.

Por eso, para Buber, filósofo es el hombre que, liberándose de la falsa inocencia impuesta por la actitud natural, descubre, de súbito, en el privilegiado instante del asombro, que está solo. Digámoslo con él: “Aún cuando el acto filosófico culmina en una visión de unidad, la filosofía se fundamenta en la dualidad del sujeto y objeto. La cualidad del Yo y Tú encuentra su realización plena a la filosofía mientras se la practica. La primera surge de la situación original del individuo, su vivir ante la faz del Ser vuelta hacia él tal como él se vuelve hacia ella. La segunda surge de escindir esta contigüidad en dos modos de expresión enteramente distintos: uno incapaz de otra cosa que observar y reflexionar, otro incapaz de otra cosa que ser observado y ser motivo de reflexión. Yo y Tú existen en y por virtud de la realidad vivida; sujeto y objeto, productos de la abstracción, subsisten mientras esta fuerza trabaja”.

Lo real como dimensión incondicionada no busca al hombre, no se dirige a él ni lo acoge en un vínculo, sino en el instante de la revelación, en la experiencia del tránsito desde una pretendida dimensión inequívoca a otra del conocimiento. En ese momento decisivo puede verse que el soslayado sostén de la certidumbre cotidiana y de la incertidumbre filosófica es la ambigüedad. Vale decir que, si bien la ambigüedad sólo es abiertamente vivenciada por el hombre en la referida experiencia del tránsito, ella subyace en el fondo de la existencia humana constituyendo su fundamento, su raíz.

Sobre la ambigüedad alza el hombre su vida. Cuando en un momento determinado de esa vida el hombre reencuentra la

ambigüedad bajo la forma del contacto que con ella puede hacer como oyente, logra entonces, entrar en auténtica relación de diálogo con lo real. Esta relación es auténticamente dialógica porque en ella hombre y realidad son interlocutores. Se escuchan. El hombre oye que lo real le dice cuál es el fundamento de su existencia. Y lo real es, por primera vez, advertido por el hombre como lo incondicionado.

Tú, Yo, Ello: Transiciones

Hay que subrayar, sin embargo, que el encuentro fundamental es propiciado por lo real, aún cuando sea protagonizado también por el hombre. Lo real llama al hombre hacia el encuentro. El hombre se encamina hacia el encuentro con lo real desde una de sus dos actitudes, desde cualquiera de las dos formas que asume su soledad: la certidumbre cotidiana o la incertidumbre filosófica. Lo real invita al hombre a la convivencia. Lo incita a la comunión con él. El hombre capaz de escuchar la convocatoria que a él le dirige la médula de su existencia camina hacia el diálogo, hacia el centro de la revelación.

Esto es lo específico: el hombre de la ambigüedad, el protagonista de la revelación, el oyente del mundo, es un ser dialógico. Ser, en su caso, significa estar en relación.

Sólo estoy en comunión con lo real cuando estoy unido a lo real en su condición de inefable. Inefable es lo que no puede ser dicho. Dado que mi lenguaje habitual es predicativo, no es a éste al que recurriré para entablar el diálogo con lo real. Otro es el lenguaje de la relación y nadie puede pronunciar sus vocablos fuera del escenario y la conmoción del encuentro. Pero al encuentro, ya lo dije muchas veces, no se ingresa por voluntaria decisión, sino en respuesta a un llamado comparable, en alguna medida, al arrebatamiento propio de la inspiración creadora o atravesado, en los términos de Marcel, por la emoción.

El hombre es, sin embargo, un ser con proclividad al encuentro. Con tanta proclividad al encuentro como a sustraerse del encuentro: "La exaltada melancolía de nuestro destino —escriba Buber en **Yo y Tú**— reside en el hecho de que en el mundo que vivimos todo **Tú** se torne invariablemente un **Ello**. Cada **Tú** en el mundo está, por su naturaleza, condenado a volverse una cosa, o por lo menos a recaer sin cesar en la condición de cosa".

Y más adelante añade: "Cada **Tú**, una vez transcurrido el fenómeno de la relación, se vuelve **forzosamente un Ello**".

La historia humana puede entenderse como la de lo hecho a favor o en contra del encuentro. Lo que en uno y otro sentido se ha logrado constituye la cultura. Es posible entender la historia de la cultura como historia del interés, tanto como de la indiferencia que ha manifestado el hombre en su intento por caracterizar o dejar de caracterizar su contacto con lo real como experiencia fundamentalmente dialógica.

Lo repito: la correspondencia dialógica con lo real es correspondencia con lo real en su condición de inefable. En la inefabilidad de lo real radica el misterio de lo real. El lenguaje del diálogo no elimina el misterio, no lo doblga. No es un lenguaje predicativo. Por el contrario, sostiene al misterio en la pujanza de su transparencia. Sabe convivir con él. No lo sojuzga ni lo daña.

Cuando el hombre trata de someter el misterio, ingresa en el mundo de las relaciones subjetivo-objetivas. Cuando trata de liberarse de las relaciones subjetivo-objetivas sin haber sido llamado al encuentro, cae en el mundo de la actitud problemática. Entonces, filosofa.

A la luz del diálogo, todas las formas de lo real: las visibles y las invisibles, las próximas y distantes, las pasadas y presentes, acusan su imponderable raíz, develan su ambigua proveniencia.

A este nuevo semblante de todo y cada cosa, a esta repentina nitidez de lo real que se ofrenda como misterio viviente, Buber lo llama **Tú**.

Tú es el otro cuando mi palabra lo alcanza más allá de la actitud natural, más acá de la actitud problemática; en la intimidad de la revelación, en el seno del encuentro.

Tú es el mundo, mi prójimo, un animal, los astros, cuando con ellos entablo diálogo. Diálogo es mi encuentro con lo real en el ámbito del misterio.

Yo soy el **Yo** de un **Tú** cuando rebaso mi actitud natural, cuando trasciendo mi actitud problemática y logro, mediante la gracia de la revelación, descubrirme como ser ambiguo, lo cual no implica despersonalizarme sino potenciar ejemplarmente mi personalidad.

"No es al **Yo** a quien se renuncia 'en el encuentro' —afirma Buber— sino a ese falso instinto de sí mismo que empuja al

hombre a huir de ese mundo incierto, inconsistente, efímero, confuso, peligroso, que es el mundo de la relación, y a refugiarse en el **tener** cosas”.

El mundo de las cosas a que recurre el hombre a fin de ampararse en la ambigüedad, el mundo de lo objetivo, es para Buber el mundo del **Ello**, antítesis del **Tú**. El **Yo** de la relación **Yo-Ello** es, para Gabriel Marcel, el “yo-fuente de informaciones”. Al **ello**, se ha visto ya, Marcel lo designa “él”. Para referirse a la relación **Yo-Tú**, el autor del **Diario Metafísico** emplea la expresión “**nosotros**”. Tanto Buber como Jaspers parecen coincidir en lo que atañe al carácter ineludible de la caída periódica en el mundo del **Ello**. A éste se refiere el autor de **La filosofía** con la expresión “ser-sabido”. Mediante la **Gracia**, en un caso, o la **voluntad** en el otro, puede el hombre sustraerse a la calidad de relaciones que distingue al “ser-sabido” o ámbito del **Ello**. Pero la caída en él aparece, en ambos pensadores, como un fenómeno constante, indefectible.

El **Yo** de la relación **Yo-Ello** nada tiene que ver, pues, con el **Yo** de la relación **Yo-Tú**. Aún cuando el hombre pueda ser alternativamente, cualquiera de esos **Yo**, no es el mismo hombre al ser uno u otro **Yo**.

El mundo del **Ello** es el universo del entendimiento configurado de espaldas a la experiencia del misterio. El mundo del **Ello** es el escenario de la lucha carnizada entre sujeto y objeto, el reino de la omnipotencia de la técnica, y también el sitio de la soledad. Volvamos a Buber. Leámoslo, esta vez, en su **Eclipse de Dios**: “En nuestra era, la relación **Yo-Ello**, gigantescamente hinchada, ha usurpado prácticamente sin oposición el dominio y la regla. El **Yo** de esta relación, un **Yo** que lo posee, todo, lo hace todo, lo logra todo, este **Yo** incapaz de decir **Tú**, incapaz de encontrarse con un ser esencialmente, este **Yo** es el señor de la hora. Esta personalidad consciente que ha llegado a la omnipotencia, rodeada de todo el **Ello**, no puede naturalmente reconocer a Dios ni a ningún absoluto genuino que se manifiesta a los hombres como de origen no humano. Se interpone y nos priva de la luz del cielo”.

Cuando, en cambio, el dominio de la soledad se transforma, por obra de la revelación, en el cosmos de la convivencia, y el lenguaje posesivo deja su lugar a la palabra dialógica, todo adquiere su esencial peso ontológico y así pasa a ser un **Tú**.

Dios

Al interlocutor de la realidad revelada, al **Tú** de este **Yo**, y al **Yo** de tal **Tú**, Martín Buber lo llama persona.

Persona es el hombre que ha logrado reconocerse con referencia al fundamento de la existencia y que, pro obra de ese mismo reconocimiento, ha podido comprender también a la realidad como interlocutora. Se lee en **Yo** y **Tú**: “En la subjetividad madura la sustancia espiritual de la persona. La persona se torna consciente de sí misma como participante en el ser, como coexistente, y, por lo tanto, como ser. El individuo adquiere conciencia de sí como siendo así y no de otro modo. La persona dice: ‘Yo soy’; el individuo dice: ‘Yo soy así’. ‘Conócete a ti mismo’, significa para la persona: ‘conócete como ser’; para el individuo significa: ‘conoce tu particular modo de ser’. Cuanto más fuerte es el **Yo** de la palabra primordial **Yo-Tú** en la dualidad del **Yo**, tanto más personal es el hombre”.

En su carácter de interlocutora del hombre, la realidad resplandece como misterio. No como misterio “relativo de lo inaccesible sólo al estado actual del conocimiento humano y, por eso mismo, descubrible. Se trata —enfatisa Buber en el citado **Eclipse de Dios**— del misterio esencial, cuya inescrutabilidad forma parte de su misma naturaleza; se trata de lo incognoscible. A través de este oscuro portón (que es sólo un portón y no como creen algunos teólogos, una morada) el creyente penetra en lo cotidiano que, desde ese momento, resulta consagrado como lugar en el cual él debe vivir en el misterio. Penetra dirigido y asignado a las situaciones concretas, contextuales de su existencia”. (...)

“Que el hombre creyente que atraviesa el portón del temor está dirigido hacia las situaciones concretas y contextuales de su existencia, significa precisamente eso: que soporta ante la faz de Dios la realidad de la vida vivida, por terrible e incomprensible que ésta sea. La ama en el amor a Dios, a quien ha aprendido a amar”.

El misterio de lo real, puesto de manifiesto en la actitud dialógica, es —para la sensibilidad religiosa— la epifanía de Dios. Soy persona cuando advierto y acepto a Dios como interlocutor, como mi **Tú Eterno**. Y eterno como **Tú**, precisamente, porque no es posible convertirlo en **Ello**.

Dice Buber: "Entrar en la relación pura (con Dios) no es descuidar toda cosa; es ver toda cosa en el **Tú**; no es renunciar al mundo, sino establecer el mundo sobre su verdadera base. Apartarse del mundo no es dirigirse a Dios; tener los ojos fijos sobre el mundo no acerca a Dios tampoco. Pero quien ve el mundo en Dios está en presencia de El".

Dios es, para Buber, el misterio interpelándome. Dios es el misterio irrumpiendo en lo más cercano, en lo que siempre estuvo aquí, a mi alcance, y que, pese a ello, permaneció distante porque mis ojos fueron ciegos y mi corazón —hasta entonces— sólo supo ser sujeto.

"Ciertamente —añade Buber— Dios es el 'Todo Otro'; pero es también el 'Todo Mismo', el 'Todo Presente'. Ciertamente, es el **Mysterium Tremendum** que aparece y abate; pero también es el misterio de lo autoevidente, más cercano a mí que mi **Yo**. Si averiguáis la vida de las cosas y del ser incondicionado llegaréis a lo insondable; si negáis la vida de las cosas y del ser condicionado estáis ante la nada; si santificáis esta vida encontráis al Dios viviente".

La santificación de lo viviente se cumple, para Martín Buber, mediante el acto de comunión que implica el diálogo. Pero el territorio del diálogo, el sitio del encuentro —como ya se vio— no constituye una morada a la que ingreso para no volver a salir. Soy un ser transitivo. Voy y vengo del **Yo-tú** al **Yo-Ello** y del **Yo-Ello** al **Yo-Tú**. Soy aquél que se reconoce y se desconoce, quien recupera la verdad y la extravía en el mundo de las certidumbres, en el horizonte de la problematicidad. El misterio, a cuyo contacto comprendo quién soy, me devuelve, empero, al mundo de **Ello**. Sólo en el tiempo me es dado experimentar la presencia de Dios y su esencial consistencia. En el tiempo Lo encuentro y me encuentro. Pero también en el tiempo Lo pierdo y me pierdo. La historia es su ámbito y en ella irrumpe la gracia de la revelación para que yo comprenda que mi alma entraña un paradójico sentido imponderable. Pero es igualmente cierto que de la historia parte esa gracia para que yo comprenda que soy libre. La libertad me permite refundar mi cosmovisión sobre la base del encuentro con el **Tú** en cualquiera de sus dimensiones. Sin embargo, puedo no hacerlo. Aunque no está en mí determinar el instante del diálogo, puedo sí determinar el destino histórico-cultural de la experiencia dialógica.

Si he comprendido la experiencia de la revelación, qué suerte he corrido en esa experiencia y lo que en ella ha sido del mundo, santificaré la vida. Si no lo he comprendido, despreciaré la palabra dialógica y me internaré en la senda de la subjetividad dominadora.

Al hombre le ha sido ofrecido el don del diálogo, pero no está obligado a aceptarlo. El hombre puede, por momentos y si lo soporta, ser persona; si con todo su ser, con su ser entero, es capaz de responder, en esos momentos, al llamado del que, en términos de Buber, resplandece a través de todas las formas y carece El mismo de forma; al llamado de Aquél que lo invoca para que ambos sean, plenamente, hondamente, **Yo y Tú**.